El narval perdido

©Luis Zugazabeitia

Título: El narval perdido

Autor: Luis Zugazabeitia.

Diseño Portada: Angel Morán.

Edición: 1ª, septiembre 2020

Depósito Legal: 2020RTE00486444

© Luis Zugazabeitia Iñiguez (BI-535-20)

ISBN: 978-84-09-23339-7

Impresión: Imprimelibros

Laguna del Marquesado, 32 — Naves J, K y L

Complejo Neural — 28021 Madrid

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi abuela.*

Capítulo I.

Morirse es una mierda.

Quizá no sea esta lindeza la forma más audaz de comenzar un libro cuando todo el mundo debe pensar lo mismo (excepción hecha de los suicidas), pero es lo primero que me distrae ahora que decido sentarme a escribir. Y al decir escribir, no crean que vuelvo a trabajar o retomo una afición. Jamás he publicado nada. Quiero decir que, técnicamente hablando, no soy escritor.

En un rato les explicaré cómo veo yo esto de morirse; antes quiero contarles alguna cosa sobre la locura que me mueve a sentarme al teclado justo en este momento.

Es cierto que todos escribimos de vez en cuando, pero casi siempre por razones ajenas a la literatura. Yo por ejemplo, como abogado, lo hago a menudo para tratar de convencer a los jueces sobre los argumentos de mis clientes; pero estos relatos resultan muy poco atractivos.

Aunque ya lo puedan intuir, aclaro que mis escritos son bastante monótonos. La trama generalmente sugiere que una persona es buena (mi cliente) y sufre las injusticias de otra que es mala. Lo asombroso es que esta otra persona (su abogado) suele decir lo mismo sobre mi cliente. Por eso mi estilo literario se parece enormemente al de todos mis colegas. Es más, se puede decir que es un calco. No sirve pues para ofrecérselo al público.

Sería un poco pronto para explicar por qué decido escribir en este momento algo distinto de un recurso judicial, pero creo que debo hacerlo ya: el aburrimiento.

Debía confesarlo rápido para disipar dudas en los lectores más sagaces que si a estas alturas continúan leyendo esto, empezarán a preguntarse qué pinto yo escribiendo un libro. Pues eso; que no sé cómo aliviar el terrible tedio que me envuelve. Quiero escribir; y lo más grave es que no sé sobre qué.

No conocía yo la sensación de hastío. Aunque pueda parecer extraño, les aseguro que es algo completamente nuevo para mí; y puede ser un contrasentido intentar escribir en este preciso instante, cuando siempre se ha dicho que la falta de creatividad está comúnmente asociada al aburrimiento. No parece pues que vaya yo por buen camino.

En cualquier caso, esto es algo que dicen los psicólogos; pero no sé si estoy yo muy de acuerdo con esta afirmación, porque las ideas más brillantes que ha tenido el hombre y han modelado nuestro mundo, surgieron en ambientes poco festivos. Cuanto más sosegado y vacío el escenario, más genial ha sido la idea.

Piensen por ejemplo en el joven Einstein. Si ha confesado que fue capaz de leerse del tirón a Spinoza, Poincaré y al mismísimo Kant, es que estaba aburrido de cojones. No es de extrañar que acabara formulando la relatividad.

Es paradigmático también el caso de Schrödinger. Este genial austriaco estuvo meses recluido en alguna abadía y acabó descubriendo que un gato metido en una caja bien cerrada, puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Suena a chaladura, pero le dieron el nobel. Les copio de internet el descubrimiento que hizo este fenómeno mientras observaba las moscas volar por su habitación. Atentos: su ecuación *describe la evolución temporal de una partícula subatómica masiva de naturaleza ondulatoria y no relativista*. Para que tengan Vds. las cosas claras.

Si se me ocurriera a mí decir en voz alta que estoy pensando en asuntos de este tipo, me ingresarían de urgencia en un psiquiátrico. Como digo, a estos señores les dieron el nobel de física.

Tradicionalmente me ha gustado mucho leer, por eso nunca he sentido el aburrimiento en mis carnes. Desde siempre he disfrutado de una estupenda biblioteca que me ha deparado ratos inolvidables, pero no la tengo a mano y además ocurre alguna otra cosa. Entenderán todo esto enseguida.

Viene ahora lo más penoso de contar; aguarde el lector solo unos párrafos más. Me aburro porque estoy encerrado en mi casa sin poder salir debido a la *Covid19*. Pero no se alarmen, yo estoy bien; y verán que esto no pretende ser un relato tipo *diario del confinamiento, crónicas de una cuarentena* o cosas así. No lo será, queda prometido. Ni medio virus.

Llenarán las librerías sus estantes de relatos variados sobre esta terrible situación; y seguro que muchos serán estupendos, pero yo no estoy a la altura. Recuerden que no soy escritor y eso en principio me releva de tener que explorar un tema tan candente como difícil. Y lo que es mejor; estoy exento de seguir las buenas prácticas literarias (y hasta las malas). Bueno, bien pensado, estoy excusado de casi todo. Es como un salvoconducto, puedo hacer lo que quiera.

Cada cierto tiempo les recodaré que no soy escritor, aunque a estas alturas supongo que ya se habrán dado cuenta; y es verdad que corro el riesgo de que acaben cerrando el libro al haber decidido ya que esto es pura basura, pero no me importa. El caso es que me aburro como un mejillón y no sé qué hacer.

He prometido que esto no sería un relato para el estante del coronavirus y lo cumpliré, pero me siento obligado a justificar en un par de líneas esta locura de escribir. Termino en un minuto no se vayan.

La cuestión es que en los tiempos que corren, todos mis amigos y conocidos matan el aburrimiento en su encierro hogareño haciendo cosas de lo más heterogéneo. Créanme que estoy sorprendido. Sobrellevan así el hastío muy disciplinados y sin necesidad deprimirse o blasfemar por las ventanas. Yo sin embargo no hago nada.

No vayan a pensar ahora que soy un vago o un tonto del haba, no se confundan. Sé hacer muchas cosas, de verdad. Es más; aunque esté mal que yo lo diga, sé hacer de todo. Bueno, menos coger puntos a las medias. Eso es cierto, no tengo ni idea. Me gustaba a mí de niño ver aquellas abuelas con el huevo de madera haciendo su labor. El caso es que para cuando quise aprender, el oficio había desaparecido y mi pobre abuela estaba ya criando malvas.

Si tuviera una abuela, le habría pedido hoy que me enseñase; así no tendría que escribir un libro. Digo esto para que vayan haciendo boca ya de lo espantoso que resulta morirse. Luego se lo amplío.

Les contaba que mis amigos viven hoy enzarzados en cosas y trabajos rarísimos. Tan atareados están, que no tienen tiempo de escribir libros ni nada. Y qué decir de toda esa gente encerrada que nos muestran los medios cada día. He leído que alguien ha corrido una maratón en su balcón. Creo que lo han registrado y todo. Como un hámster, pero 42 kilómetros de vellón. Ahí queda eso; no debería escribir un libro ese buen hombre.

Me pongo a escribir porque no me apetece nada hacer este tipo de cosas. Ya les he dicho que sé hacerlas, pero no quiero. Ni correr maratones; ni conservas de espárragos; vídeos graciosos; moscas para pescar truchas o mantas de ganchillo. Figúrense si soy especial, que ni siquiera he hecho acopio compulsivo de papel higiénico como hace todo el mundo. Les parecerá raro, pero todavía no he pillado yo la relación que pueda existir entre el papel y los virus.

No descubriría nada si intentase hacer este tipo de cosas. Quiero decir que las haría sin la ilusión de lo nuevo. Seguro que si comienzo a cocinar un bizcocho de zanahorias, en un rato acabaré hasta el gorro y dejaré todo hecho un asco. Además, creo que es un plato repugnante en sí mismo por muy de moda que estén ahora estas inmundicias.

En definitiva, sé que todas esas tareas resultarían inútiles para intentar aliviar mi desgana. Bueno, no; quizá la maratón pudiera tener un pase porque es verdad que nunca la he hecho, pero no es precisamente mi especialidad, no nos engañemos.

Además, creo que todo el mundo sabría hacer una maratón. En principio no parece difícil; viene a ser como correr al autobús solo que todo el rato. Nada complejo. Y si lo piensan bien, enseguida caerán en la cuenta de que es una majadería. El cuerpo humano no está diseñado para esa monstruosidad de carrera. Es un hecho que la evolución del *sapiens* nos ha permitido tener hoy un buen cerebro y hace ya tiempo que inventamos el taxi. Recuerden además que hay un tipo por ahí que ya la ha corrido. Menos motivación aún.

Así que definitivamente queda descartada la maratón.

Hay una ocupación que hubiera resultado mágica para estos días. Me refiero a la música.

Debo decir que manejo con cierta gracia la guitarra. Toco de oído, ya saben; acordes mayores, menores y séptimas. Con eso y una buena derecha que te permita arpegiar, el triunfo lo tienes casi asegurado.

Hace pocos meses me picó la curiosidad de saber si sería yo capaz de trasladar todo eso a un teclado, razón por la que compré un Yamaha de esos con cientos de funciones y teclas. Pues bien; en pleno éxtasis y cuando empezaba a paladear cada progreso, tuve un accidente de moto y me partí el hombro. Una putada.

La cosa ha quedado razonablemente bien, pero ya no soy el que era. Mi mano derecha falla bastante. Así pues, ni empeñándome podría hacer las tareas que he citado. Pienso en las truchas viendo flotar ahora mis moscas; me harían la peineta. Y qué decir de los espárragos; a ver cómo iba yo a pelarlos. En fin, no sigo porque se me saltan las lágrimas.

Debo escribir un libro, no me queda otro remedio; y para esta nueva tarea he tenido la originalidad de preguntar a Google cómo se hace.

Asómbrense; me ofrece 310 millones de resultados. No exagero, hagan la prueba. Es pasmosa la potencia de esta máquina.

Cuando se comienza a navegar por ese inmenso océano de consejos, encuentra uno de todo. Ya se pueden Vds. imaginar; desde lugares serios y documentados que ofrecen pautas más que razonables, hasta páginas que harían vomitar a una cabra.

El problema es que discriminar en ese cosmos lo bueno de la basura, supondría un esfuerzo que me llevaría a un aburrimiento superior al que ya tengo. Lo he intentado pero me agoto en un ratito. Enseguida lo entenderán mejor.

En general veo que las webs aceptables están dirigidas a personas serias y disciplinadas, con imaginación y dotes literarias que en principio no creo que tenga ni por el forro. No es que sea yo un individuo tan extraño, pero sí quizá algo especial. Entiéndanlo como *alternativo*, ahora que está tan de moda este calificativo. Suena fenomenal; es como decir *rarito* pero algo más edulcorado y sin que parezca que lo eres. Está muy bien pensado, ya me irán conociendo.

Les voy a copiar un ejemplo sobre consejos literarios que pueden encontrar. Una de las primeras entradas que aparece en la web, ordena algunas sugerencias (en concreto 10); pueden comprobarlo Vds. mismos.

A ver si encuentran alguna pista sobre lo de *alternativo*. Dice su texto:

### *-.1. Escribe siempre en el mismo lugar.*

### Y digo yo; pues bueno, si hay que hacerlo se hace, no me muevo. Aunque sarcástico el consejo sí que lo es en los tiempos que corren.

*-.2. Vacía tu mente en el momento.*

Está bien pensado esto para ascetas, yoguis y similares. Yo no sé hacer esas cosas. En todo caso me pregunto si los que lo intentan se vuelven tontos. Contrariamente, pensaba yo que lo bueno sería tener la cabeza llena. Si la vacío como me piden, no sé sobre qué coño quieren que escriba. No lo entiendo.

*-.3. Cada paso es un pequeño logro, divide tu proyecto.*

Nada, no me sirve. Yo no tengo ningún proyecto.

*-.4. Desentierra tu gran idea.*

Estamos en lo mismo; tampoco tengo.

*-.5. Escribe todos los días a la misma hora.*

Imposible, ahí sí que me han pillado. Ayer a esta hora estaba paseando a mi perro.

*-.6. Pon fecha tope para la finalización de tu libro*.

No se entiende el consejo, no me da la gana. Esto sí que es una majadería. He leído que hay autores bien famosos y brillantes que tardan varios años en acabar sus obras. Si no he escrito nunca, no comprendo ahora estas prisas. Un agobio fuera de lugar.

*-.7. Si un día no te sientes inspirado, date una vuelta y regresa.*

Esto también tiene su gracia. No puedo. Estoy confinado en mi casa por orden del gobierno.

*-.8. No olvides desconectar tu mail y redes sociales.*

No seamos ilusos; eso hoy no se puede hacer. Además, quién dice que lo que te llega por ahí no pueda ser también fuente de inspiración.

*-.9. Trabaja a fondo el comienzo y el final.*

No tengo ni lo uno ni lo otro, ya se lo he dicho.

*-.10. Felicítate por el trabajo bien hecho*.

Veo aquí el clásico consejo corporativo de esos que tanto gustan a las empresas para motivar a los empleados y que a mí me van muy poco. O sea, nada; para que me vayan conociendo.

Ya ven qué catástrofe.

Otras páginas ofrecen consejos parecidos. A veces también enseñan trucos sobre estilos, personajes, tramas, ritmos, títulos y otras cosas. El problema es que frecuentemente se contradicen. En definitiva, un lío; por eso he mandado a Google a paseo.

Además, hay que pensar que cientos de grandísimos autores no han conocido Google y sin embargo han escrito cojonudamente. Incluso los hay con obras maestras en épocas en las que la mayoría de la gente era analfabeta, lo que tiene un mérito añadido. Pensemos en Shakespeare, por ejemplo. Tiendo a creer que este genio escribió *Hamlet* porque murió su abuela y no llegó a enseñarle a coger puntos a las medias; y como era un tipo bien ocurrente, nos dejó ese legado maravilloso.

El caso es que estoy escribiendo frente al ordenador sin haberlo hecho nunca; y lo que es bastante peor, sin tener una idea clara sobre lo que escribir. Ni un guion, notas, personajes, tramas ni títulos; nada de nada. Y esto sí que es nadar contracorriente; porque si en algo están de acuerdo las páginas de consejos que he mirado, es en apestar a todo aquel que se pone a ello sin tener cosas interesantes que contar. O sea, mi caso. Pero claro, ellos no saben que estoy aburrido.

Figúrense si es curioso el mundo Google, que algunos sitios recomiendan el retiro severo para casos como el mío. Un convento, una abadía o un monasterio, son lugares adecuados donde iniciarse en esto de la literatura; dicen.

La verdad es que la historia ha demostrado que no es ninguna tontería lo del recogimiento para la inspiración. Lo hemos visto antes. En todo caso, ya saben que el gobierno no me deja salir de casa; así que tendría que quemar algo de incienso y poner cantos gregorianos para crear ambiente. Es más, ahora que recuerdo, creo que tengo por ahí un hábito de monje que usé en una fiesta de disfraces. Quizá me lo ponga.

Es verdad que cuando me senté hace ya rato, estaba pensando que morirse es una auténtica lástima. No lo digo solo por las abuelas, que también, sino por otras razones. Ratifico mi promesa de contárselo luego con bastante más detalle. Antes quiero confesarles algo importante.

Cuando iba por la quinta página, le cogí gusto al asunto y empecé a pensar que si me enganchaba esto de escribir; el relato (o lo que quiera que fuese) debería tener cierta coherencia literaria. Algo así como una estructura o un hilo conductor. Y si realmente lo iba consiguiendo, habría entonces que ir pensando en un título; en estilos y en las formas más adecuadas de abordar una trama, lo que obligadamente me devolvía a Google y sus consejos; y con ese temor lo dejé un rato para sacar de paseo a mi perro. Se llama Chester, está siempre a mis pies y vive hoy asombrado por lo que estoy haciendo.

De vuelta y antes de continuar, me esforcé por imaginar una historia que pudiera realmente interesar y que fuera más o menos apañada; algo que como punto de partida me sirviera para ir desarrollando esta tarea con cierto orden.

Tuve algunas ideas estupendas y apunto estuve de comenzar a desmenuzar a fondo una de ellas para este intento. Era brillante, se lo aseguro.

La trama era tan adictiva que moriría el lector de inanición por tener que comerse del tirón sus más de dos mil páginas. Incluso pensé en un título. Era la mezcla sublime entre el enigma y la elegancia. Uno de esos títulos extraños que justo cuando terminas el libro, acabas comprendiéndolo en un éxtasis de admiración hacia el autor. De esos que sobre una llamativa portada, invitan a comprar todos los ejemplares. Era único.

Hasta mi foto de solapa llegué a imaginar. Sepan que tengo muy pocas. En eso me parezco bastante a Sálinger o a Villarejo; y creía que esa circunstancia añadiría atractivo al libro dándole un toque enigmático.

Es verdad que tengo alguna foto más que estos dos personajes, pero poca cosa. No es el caso de tener que elegir entre la de mi boda y otra que me hicieron en nochevieja con gorrito.

Lo cierto es que las pocas que tengo son muy feas. Error siempre del fotógrafo, no vayan a creer ahora que soy un monstruo. Nada de eso; en realidad soy un tío bastante normal, pero me haría falta una buena foto de estudio. En estas todo el mundo sale guapo. Nada que ver con las fotos de los teléfonos, que estoy convencido se fabrican hoy con la capacidad de sacarte con pinta de imbécil por el mero hecho de no ser fotogénico. Es mi caso; heredé esta singularidad de mi madre que, siendo una mujer guapísima, salía siempre con cara de atragantada. Se ponía hecha una fiera.

El caso es que cuando yo me gusto tanto a mí mismo en mi propia mismidad, presiento que algo va mal y generalmente suelo acertar. Por eso, después de meditar un rato, llegué a la conclusión de que toda la idea no era más que un coctel con buena mezcla de mi biblioteca y Netflix. Nada honesto la verdad. Lo borré entero y aquí estoy de nuevo en la casilla de salida. Fue solo un momento de tontería, pero todavía no comprendo cómo he podido prostituirme a ese nivel.

No quiero imaginar que esto pueda acabar publicándose y comiencen a lloverme demandas por plagio. Se trataría de ganar dinero. No es cosa de arruinarse.

Ya sé que es ingenuo pensar que voy a encontrar la inspiración del *best seller* solo porque un día aburrido como una ostra se me ocurre sentarme ante el ordenador y empezar a escribir, cuando realmente nunca lo he hecho. El placer de tener una historia original que merezca ser contada, está reservado a los buenos escritores y yo no pertenezco a ese selecto club; cosa que por otro lado ya habrán adivinado Vds. a estas alturas. Pero les engañaría si les dijera que no pretendo entrar. Solo necesito arreglar un poco mi cabeza y algo de entrenamiento.

Volviendo a mi mundo, les diré que después de la historia perfecta que tanto me ilusionaba y acabó explotando, me esforcé en crear otros relatos; y lo cierto es que conseguí fabular bastantes. Les adelanto ahora un par de ideas que tenía en la cabeza al empezar a escribir, sin perjuicio de que les pueda contar luego otros intentos con más detalle.

Uno de ellos sugería la extinción de la humanidad (original asunto en los tiempos que corren) y el modo en que millones de años en el futuro, la evolución había propiciado que los elefantes desarrollaran una inteligencia superior imponiéndose con su tecnología sobre la tierra.

La gracia estaba en que el hombre volvía a surgir evolutivamente de los primates y tenía que convivir con los elefantes al mismo nivel.

La cuestión es que por mucho que retorcía yo la historia con situaciones y personajes pintorescos, no conseguía borrar el enorme parecido de este relato con *El planeta de los simios*. Se me quitaron así las ganas de seguir con la tontería.

Otra de las historias, comenzaba en un restaurante donde cenan amigablemente dos matrimonios. Cuando se acerca el camarero, tropieza y se le cae una botella de la bandeja. Pero este, con gran habilidad, consigue con el pie amortiguar su caída evitando que se rompa.

Pues bien; les diré que ese cliché inicial se retuerce hasta el punto de que uno de los comensales que observa la escena, consigue la fórmula definitiva que aglutina las cuatro fuerzas fundamentales. Había conseguido domar la gravedad (la que trae locos a los físicos). Ello le llevó a la fusión fría y a la energía ilimitada.

Aquí la trama se centraba en cómo dar a conocer el hallazgo y las peripecias de este genio para huir de los gobiernos que querían acabar con él por razón de que su logro suponía una quiebra repentina del orden económico mundial.

He pensado igualmente que no es un buen relato. Los lectores no quieren saber nada de gravedad o fusión fría. Lo que les gusta son las historias sencillas que el autor con su genio convierte en atractivas y mi guion, si se mira bien, es una majadería. Además, su desarrollo me incomodaba bastante porque estoy convencido de que la gravedad no es una fuerza al uso. Se lo digo yo que soy abogado.

Cambiando radicalmente de argumento, imaginé también a un joven pastor que vivía con sus ovejas entre enormes cantidades de oro en una zona remota de la montaña.

Las diversas tramas que pensé para desarrollar esto, resultaban tan pueriles que me da vergüenza seguir contándolo. Solo añadiré que la única que sonaba medio decente, desprendía tal aroma a Ruyard Kipling que me aterró continuar.

Imagínense una acusación por plagiar a Kipling. Sería la ruina; porque puestos a preverlo todo, uno puede pensar que si le imputan haber copiado a Martin James (granjero de Arkansas que compuso un poema para cantar borracho en el bar), podría argumentar que se trata de una fechoría menor y probablemente lo arreglaría con un motor nuevo para su tractor.

Pero claro; copiar a Kipling o a J.K. Rowling, por poner un ejemplo, supone ya otro tipo de follón. No solo porque la infracción sea mucho más basta (a mi granjero no le conocen ni en su casa a la hora de comer), sino porque probablemente no acepten ya como compensación un motor para su tractor. Ya me entienden.

En esto de los derechos de autor hay que ir hoy con mucho cuidado y ser respetuoso. En el mundo híper comunicado en el que vivimos, es muy fácil que te pillen ahora por cualquier tontería. Recuerden lo que dio de sí el uso de una simple fotografía que fue publicada en el portal Wiki media.

Se trataba de un selfi que se hizo ella solita una hembra de macaco en Indonesia usando por accidente la cámara de un fotógrafo llamado David Slater. Este planteó una batalla legal alegando derechos de autor para intentar que borrasen la foto; pero el portal se negó argumentando que el autor no había sido él, sino la mona (lo que era cierto). Y todavía dio el asunto de sí, porque tras reconocerse que solo Slater podía ser sujeto de derechos de autor; los espabilados de una asociación animalista exigieron al fotógrafo estipendios para la mona, ya que en último término había sido ella quien se hizo la foto (pueden ver esta preciosidad en internet). Cómo sería el follón, que al final llegaron a un acuerdo. Bravo por la mona.

### Las ideas que les acabo de adelantar han ido directamente a la basura. Tengo algunas más en asuntos pendientes porque preveo que si me llega la inspiración, podrían dar juego con algo de esfuerzo. Se las resumiré luego a ver qué opinan.

### Deben saber que la mayor parte del tiempo he intentado aproximarme al relato histórico, pero con poco éxito. De momento, quédense con la dificultad que tengo para sacarle jugo literario a la historia. Es otra de mis anomalías. El autor que lo consigue, siempre ha sido digno de mi admiración. Es probable que la narrativa histórica sea con mucho el terreno que más me seduce, pero yo tiendo a complicarlo todo. A ver si consigo explicarles el problema.

### Si hay que tratar sobre sentimientos puros como la venganza, los celos o la traición; el genio del autor le permite situarse donde quiera. No tiene que estar necesariamente en la corte del Rey Arturo; tomando la Bastilla o asesinando a Julio Cesar, le da lo mismo. Sin embargo; y esto es lo fascinante, al final resulta muy agradable paladear el escenario histórico elegido. Ahí radica la estrella del buen escritor. Cuando cierras, piensas que la obra le iba como un guante a la corte del zar Nicolás II o a las trincheras de Verdún. Es prodigioso cómo lo consiguen.

### Por el contrario, cuando intento yo usar una figura o un escenario histórico concreto, siempre me tienta echar mano de calamidades terribles, como un gran incendio; un terremoto u otra desgracia parecida para darle sentido a la trama que, supongamos, explora el mundo de los celos. Y me acaba ocurriendo que ciertos detalles acaban desviando toda la atención que hay que prestarle a la obra o al personaje. El motivo central me queda a menudo deslavado. Como metido en lejía. Para que se me entienda bien; acabo mandando los celos a paseo y me recreo más en los cadáveres entre cenizas ardientes o en los edificios derruidos. Es muy raro, pero siempre ocurre. Me distraigo en exceso. Tengo que borrar todo el rato y resulta calamitoso.

### Lo que les cuento es solo una anomalía sobre mi inspiración. Tengo algunos problemas más.

### La cuestión es que no sé bien que hacer; porque se supone que, aunque carezcas de una historia, no deben narrarse la cosas sin orden ni concierto. Esto lo sé hasta yo que no soy escritor. Todos los libros tienen partes, capítulos o secciones; y este no debería ser una excepción.

### Se adivina así que la primera dificultad está en buscar la forma de dividir este caos en trocitos, cuando de momento no tengo nada que merezca segmentarse. Y no me alivia pensar que esto pueda considerarse simplemente un ensayo; opción literaria que, como saben, permite escribir de corrido sin que te riñan. El ensayo me atrae mucho, pero exige preparación y estudio profundo de los temas y no tengo tiempo para eso. Además, ya ven que no me estoy decantando por un asunto concreto; y no creo yo que las dificultades para comenzar a escribir que tiene una persona aburrida, pueda ser tema de ensayo que vaya a interesar a nadie.

### Esta absurda situación, me permitiría parar aquí mismo y empezar otro capítulo solo por que sí. Aunque bien mirado tampoco hay ninguna razón para ello, porque no sé realmente cómo terminar un capítulo o comenzar el siguiente. Vean pues el problema en el que estoy metido por culpa de mi pobre abuela y de la ausencia total de argumento.

### Por intentar convencerles de que no estoy loco del todo, debo insistirles en que antes de sentarme al teclado por primera vez, dediqué un par de días solo a pensar en temas sobre los que fuera yo capaz de escribir. Ya les he adelantado algunos ejemplos, luego veremos más.

### Como sugieren los consejos de Google, intenté vaciar mi mente para esa tarea sentado en mi balcón viendo volar a las primeras golondrinas de la primavera.

### Al final me acabó invadiendo el miedo, sintiendo que comenzaba a perder la batalla en la que defendía yo mi posición de no ser un completo memo; porque es indiscutible que quien más quien menos, en un determinado momento, sabe fabular cualquier tontería.

### Recuerdo a mi abuela cuando le pedíamos que nos contara cuentos para dormir. Seguro que incluso Vds. lo han hecho alguna vez, aunque no sean propiamente abuelas. Si se le terminaba el catálogo oficial y le pillábamos que comenzaba a repetirse, improvisaba al instante uno nuevo de su cosecha particular. Era prodigiosa mi abuela. No es que fueran buenos sus propios cuentos; en realidad eran malísimos, pero la gracia del asunto estaba en la improvisación. No necesitaba estar días en un balcón mirando golondrinas; se apañaba al momento.

### Si no fuera porque después de mí debía hacer lo mismo con otros nietos (ocho hermanos éramos), privándole de tiempo para pensar en cuentos, estoy convencido de que habría ganado el nobel de literatura.

### Y yo aquí sin tener que acunar nietos y con todo el tiempo del mundo, no soy capaz de apañarme.

### Rodeado ya por el cansancio y cuando las golondrinas empezaban a interesarme más de lo que convenía, decidí sentarme y comenzar a pulsar las teclas confiando en que tarde o temprano se me ocurriría algo. Como le pasaba a mi abuela.

### De cualquier modo, creo que aún cuando esto resulte un sin sentido, es bastante cómodo, la verdad. Entiéndanlo; voy a por más café y a la vuelta continúo relajado juntando palabras sin preocuparme del tema; del pasado; del futuro; de un orden o del capítulo en el que estaba. Me importa un haiga.

### Sepan que lo acabo de hacer; de ahí el punto y aparte. He ido a por café y no tengo que ceñirme a ninguna estructura. Sigo escribiendo lo que quiero bien tranquilo en este mar revuelto.

### Puede parecer una estupidez lo que voy a decir, pero si lo piensan bien verán que tiene su miga. No hay capítulos porque capítulos no hay.

### Recapaciten antes de cerrar; no vaya a ser que esté yo inventando sin saberlo un nuevo estilo literario y sean Vds. unos privilegiados al haber asistido a su nacimiento. Piensen que pueden abrir el libro por la página que quieran y seguir leyendo sin que les importe el pasado. Hagan la prueba y verán que no les miento.

### Por otro lado, esto de las pausas o particiones no parece muy difícil en un texto como el que están leyendo. Ya se habrán dado cuenta; y seguro que el editor que decida ocuparse de todo esto, sabrá bien cómo hacerlo. Que le dé los cortes que más convengan y que no sea esta cuestión fuente de malas críticas. Al contrario; le daré permiso para que ponga mil capítulos si eso le gusta.

### Para evitar sustos en los editores, se me ha ocurrido provisionalmente cortar esto en partes iguales como si fuera una tarta y sin que tenga mucho que ver con un hilo conductor (no tengo hilo conductor). Creo que entre diez y doce trozos estará bien. Pero insisto en sugerirles que hagan lo que les venga en gana, porque da igual; ya lo verán. Es lo que tiene inventar un género literario. *Aburrelato* lo llamaré.

### Además, en cuestión de trocear libros, el lector debe conocer que la historia de la literatura está llena de grandes obras rebosantes de capítulos y que sin embargo son un verdadero coñazo.

### No pretendo herir sentimientos, pero piensen por ejemplo en el Quijote de Cervantes. Tiene 52 capítulos y no por ello deja de ser un rollo de libro. Esa puede ser una prueba de que las particiones no aportan gran cosa a los libros.

### Quiero pensar que Cervantes ideó esa estructura para estirar una historia que, bien mirada, resulta bastante floja. Porque ya me dirán qué interés pueden tener las andanzas un señor chalado que confunde molinos con gigantes.

### Esta sencilla historia le sirvió a él; y yo me tengo que desprender de las mías que, aunque malas, reconocerán que son algo mejores.

### Es cierto que esto puede explicarse por el hecho de que en época de Cervantes casi toda la población era analfabeta; lo que me lleva a pensar que si tenías la fortuna de saber escribir, podías apañarte con cualquier bobada.

### Por el contrario, es de justicia reconocer que Cervantes escribió su Quijote hace más de cuatrocientos años sin Google y probablemente sin abuela; y claro, eso también le da un punto.

### En todo caso no conviene exagerar. El Quijote, por muchos capítulos que tenga, es una obra que siempre ha sido sobrevalorada; un puro libro de culto que si leen hasta el final, verán que es bastante coñazo. Y me atrevería a apostar que los de mi generación opinan mayoritariamente lo mismo, por razón de que nos obligaban a leerlo en el colegio justo cuando las hormonas de la pubertad rezumaban por nuestras orejas.

### Hoy los jóvenes tienen la ventaja de que no son torturados de ese modo; por eso no lo leerán jamás.

### En la historia de la literatura hay bastantes más ejemplos de lo que digo; pero me conviene dejarlo aquí, no sea que alguien acabe partiéndome la cara o quemando mi casa.

### Precisamente me viene ahora a la cabeza un amigo que tengo coleccionista de quijotes. Es graciosísimo oírle recitar de memoria algunas de sus partes. Nunca le dije nada al pobre porque pertenece a una especie rarísima a la que creo que hay que proteger. Como a los linces ibéricos, ya me entienden.

### Como les digo, al resto de mi generación esta obra les da cien patadas.